

EL "DIARIO" DE GV. PAPINI

(Tomado de *L'Observatore Romano*)

De tiempo atrás tenía noticia de este "Diario": Ridolfi, por ejemplo, lo había consultado para la biografía de su autor, y aun extractos de él aparecieron en algún periódico. ¿Qué motivos hubo para tardar tanto en publicarlo? Dos, como principales y evidentes: primero, que aún vivían personajes que en el "Diario" aparecen tratados no precisamente con guante blanco; segundo, que se imponía esperar se calmaran las animadversiones y repulsas suscitadas por ciertas simpatías de Papini y que, pasada ya la guerra, reavivaron contra él insidias y amenazas. Dado a la luz ahora, surge, tras su lectura, una perplejidad que toca en la sospecha; ¿no habrá sido manipulado el "Diario", como si dijéramos para "domesticarlo"? Si no, ¿cómo explicar ese silencio de más de diez años (24 de abril del 31 a septiembre 12 del 42), lapso durante el cual se hizo más intenso en la mentalidad del escritor el encendido nacionalismo que habría de desfogar en las infortunadas páginas de "Italia Mía"?

Pero dejemos las preguntas y limitemosnos al "Diario", a lo que es una confesión, un testimonio ultrasincero, casi dijéramos temerario, que ayuda a mejor conocer al gran escritor, al hombre singularí-

simo que proyectó su solitaria actitud dominadora sobre la primera mitad del novecientos italiano.

Entre 1919 y 1921 hay algunas anotaciones que hoy todavía impresionan: marcan fechas y recogen datos de decisiva trascendencia en la vida de Papini y en la historia religiosa y literaria de Italia. Por ejemplo: "Hoy Miércoles Santo, me llegan los primeros ejemplares de la **Historia de Cristo**. Me siento feliz". Era el 23 de marzo de 1921. El Sábado Santo, por primera vez después de mucho tiempo, se confiesa, y el día de Pascua comulga.

Viene luego una gran laguna, y cuando ya casi mediado el 42 lo reanuda, la vida italiana y la del escritor, están afrontando la inminencia del drama. Ya casi ciego, confiesa humildemente: "Si esto es expiación de mis errores y culpas, ciego debería estar desde mucho tiempo atrás". Sin embargo, todavía está lleno de vida y de proyectos, y esa formidable inteligencia le trabaja maravillosamente, como siempre. Sabidas son sus peligrosas y dolorosas andanzas de guerra, escapado del desencadenado horror de Bulciano a La Verna, a Arezzo, a Florencia. El **Diario** contiene la minuciosa crónica de ello, entre dudas, ansieda-

des, ternuras hogareñas, desconsuelos, padecimientos, privaciones, peligros, alarmas, terrores; y respecto a situaciones ya pasadas, imputaciones, denuncias, amenazas, ultrajes contra aquel que, con su prestigio de escritor, sin compromisos con nada ni con nadie, había respaldado en cierta medida, la trágica política del régimen derrocado.

En los años sucesivos, hasta 1953, cuando por incapacidad física hubo de suspender las diarias anotaciones, no por ello Papini renuncia del todo a sus antiguas simpatías; solo que las cosas y los hombres de ese ayer son juzgados ya sin atenuaciones ni condescendencias, actitud que lo honra y que hemos de reconocerle.

Sin embargo, dos puntos de examen surgen de bulto entre esas páginas, puntos que imponen un enjuiciamiento severo, con severidad que no atenuará el afecto que perdurablemente hemos profesado al autor: su silencio ante la infamia racista que tuvo por cómplice al facismo, y la falsedad inicua y ultrajante de sus expresiones sobre Pío XII y para De Gásperi.

Un irreductible fondo de gibelino a lo Dante y de anticlerical a lo Savonarola —tonalidades entre las más agudas en su personalidad y su genio sumado ello a una traviesa bravuconería, al abuso de la paradoja y a cierto regusto romántico por lo tremebundo—, estalla constantemente en este **Diario**, de manera especial y profusa cuando encara las alusiones y comentarios sobre la concepción, composición y publicación de su famoso libro **Cartas del Papa Celestino VI a los hombres** (con toda claridad Papini afirma que habla como un papa

laico en vista de que el Papa no lo hacía como, según él mismo, debía hablárseles). Esta tendencia de su sér contradecía y perturbaba al creyente que en él alentaba. Las más altas y estridentes notas del **Diario** las dan precisamente esas posturas contradictorias que Papini bien se conocía, que lo hacía padecer y que no tenía reato en confesar: "Mis fallas son la incertidumbre, la volubilidad, la ambición de grandeza y demasía. Fuerzas pocas y proyectos muchos...".

"Mi viejo demonio sofista no se decide a morir". Estos últimos treinta años han reducido y castigado mi avidez de tumultosa enormidad y de exceso". "Como escritor y como hombre he cometido incontables errores en mi vida", pero siempre por impulsos de fantasía y de sentimiento, por ingenuidad y precipitación —nunca, jamás, por cálculo, interés, malevolencia o malicia. "Siempre he tratado de hacer algún bien a aquellos que en la vida estuvieron o pasaron cerca de mí. Y tal vez de todo cuanto he escrito, quede alguna página". Y tres días después: "Pero viéndolo bien, mi vida entera ha sido solo una serie de errores de toda laya". En un mismo día me poseen arrebatos de mesiánico y apocalíptico fervor antiguo y reacciones de un furioso nihilismo que me arrastra a desenmascarar todo aquello que regula y enaltece la vida humana". "Dios y Satán, Eros y Logos, Demócrito y Heráclito, Rousseau y Freud, Whitman y Stirner se enfrentan y se baten diariamente en mi alma". "¿Así estará mi alma hasta la muerte: en este oscilar, en este conflicto, entre la negación despreocupada y el hastío del creyente?" "Tengo la sensación de que todo es un error, un imposible, de que todo es inútil, todo absur-

do". "...Demasiada complacencia para las teorías extrañas, la morbosidad cerebral, la curiosidad histórica". "Moriré sin haber logrado saber, ni mostrar lo que verdaderamente soy en el fondo de mi tortuoso y complicado sér".

Lo anterior es solo algo de lo mucho que podría extractarse del **Diario**. Prueba es también del desconcierto de esa grande alma la curiosidad que ante sus muchísimos visitantes, o escuchando, o leyendo, sentía por las gentes más extrañas y estrambóticas: heterodoxos, clérigos, apóstatas, adventistas, volterianos, modernistas, ocultistas, magos, astrólogos, evangélicos, místicos, gnósticos, ritualistas, hipnotistas, freudianos, mediums y toda laya de "iluminados". Lo revela también la cantidad de libros que proyectaba, o simplemente fantaseaba, producir; empezando con aquel misterioso "**En torno a los hombres**" anunciado desde 1916. He aquí algunos títulos: *La imbecilidad humana* (¿será acaso el posterior *Diccionario del hombre salvaje?*), *Diccionario de las Ideas, Juicios sobre Dante, Páginas manzonianas. Simón y Leticia* (novela), *Sierva Italia*, comentarios sobre la Biblia; *El hombre imposible*, *El paraíso recobrado*, *Mil almas*, *Las Cuatro Redenciones*, (nueva teología): *Breviario para laicos*, *Vida del hombre*, *Historia Sagrada para profanos*, *El Tercer Testamento*, *Vida de Dios*, *Inventario de los muertos*, *La era atómica*.

Por si todo esto fuera poco —(y aquí tocamos lo más agudo del enfoque: así nos lo impone un hombre de semejante levadura espiritual: una sinceridad tan inexorable como la suya)— el diario está lleno de ideas, fantasías, proposi-

ciones, afirmaciones, que llamaríamos heterodoxas, pero que en la pluma de un creyente menos comprobado que él, resultarían casi heréticas. He aquí una muestra, dejando a un lado la reticente y convicta espectáculo papiniana del "**Tercer Reino**" y de la a su parecer, "necesaria manifestación futura" del Espíritu Santo. Ejemplos: "Si Dios creó a los hombres de tal modo que no pudo hacer cosa distinta de sufrir y caer, ¿no sería lo justo pensar que la Pasión, lejos de ser la consecuencia, como dicen, de un desmesurado amor, fue más bien la de un remordimiento?" (apreciación pueril por ignorancia total del problema de la libertad). "El Cristianismo —revolución contra el ritualismo farisaico— ha venido a parar en ritualismo y fariseísmo". "Si el Cristianismo debe transformarse en verdadero Catolicismo —universal— tendrá que renunciar a ser solamente Romano". "Lo que hasta aquí se ha creído del Cristianismo, no era verdadero cristianismo". "De mucho tiempo acá, la Iglesia católica ha venido convertida en una fábrica de pusilánimes, y por los tiempos que corren, en un comité electoral". "En el Gólgota", ¿solamente había un Redentor? ¿O sobre las tres Cruces las Tres personas de la Trinidad? Aquel a quien llaman el Mal Ladrón, ¿no sería talvez el Padre, el Dios del Antiguo Testamento, ordenador de saqueos y matanzas?

Si el Cristianismo —se dice Papini— es ineficaz por inaplicable, y los hombres están condenados a ser salvajes malencubiertos, ¿"no es de considerar si sería mejor adoptar francamente e integradamente la doctrina de Satán (es decir el Arimanismo, evangélico del Diablo)? Y platicando des-

pués con Giuliotti, llegaba a la conclusión de que el Cristianismo (única medicina, dice, que podría salvar a los hombres de la desesperación y del suicidio) no podría administrárseles por dos razones: "imposibilidad de la naturaleza humana para aceptar la práctica del amor fraterno; imposibilidad de la mente moderna para creer en los dogmas y los misterios de la teología cristiana".

Como conclusión de todo lo cual, no sorprende que acariciara la idea de un diario que "difundiese y defendiese la anarquía cristiana"... Ni que a dos religiosos que le pidieron les formulara el lema para una revista teológica, le propusiera esta consigna: Contra la Mariolatría y por la Diabología.

Eran días de trastornos, de turbación, apocalípticos. Todo andaba en desorden. No hay por qué sorprenderse de que también ese tremendo ingenio atravesara momentos de delirio. Volvíanle a la mente, agigantadas, ciertas consideraciones de su **Dante Vivo**, de la **Historia de la Literatura Italiana**. Reconocíase un **aspecto mefistofélico y sádico**, y de trazo en trazo lo dejaba desfogar "Dos seres contrapuestos se turnan en mí —solía repetir—: el cínico y el místico". La realidad circunstante y visible se mostraba sin esperanza alguna. "Ni una luz de parte alguna; ni un hombre ni un grito, ni un pensamiento, ni un héroe, ni un principio de salvación ni de grandeza". Y tornaba a la tenta-

ción tremenda de escribir el **Informe sobre los hombres**, para soltar, de una vez por todas, la cruda verdad, llegar al fondo pavoroso y repugnante de la realidad humana, lavar o arrancar todas las máscaras. Pero de nuevo lo atraía y estimulaba más y más el **Juicio Universal**, por el viejo anhelo de enjuiciar y transformar a los hombres. ¿Acaso no era suya la fórmula de "el escritor como maestro"? Empero, otro dilema se le planteaba: dar alivio o decir la verdad; demostrar, con una labor lúcida y helada, la terrible e irremediable absurdidad de lo real. Y en tales momentos pensaba en un método, que él bautizaba con el nombre de **amitista**, para reconocer la verdad del ser humano, liberado de mitos y fábulas de toda especie, método ante el cual Leopardi resultaba un iluso, Schopenhauer un optimista, Marx un utopista, Nietzsche un moralista creyente y los nihilistas unos ascetas cristianos...

¡Pobre grande hombre, a pesar de todo, siempre caro y admirado en mi memoria! Tantas fantasías, tantas extravagancias, tantos errores, tantos vértigos de tempestuoso talento, acabaron por encontrar equilibrio y purificación en un lento y martirizado declinar de la vida, en ese resignado y expiatorio padecer que él mismo llamó, tan estupendamente y cristianamente, la bienaventuranza del desventurado.

Francesco Casnati.